





NO LLAMES CORAZÓN  
A LO QUE TIENES



Milson Salgado

NO LLAMES CORAZÓN  
A LO QUE TIENES



Primera edición: marzo de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Milson Salgado

ISBN: 978-84-17548-74-2

ISBN digital: 978-84-17548-75-9

Depósito legal: M-8609-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedico esta obra a los que se fueron: Miljan, Toña, Panchita, Verónica, Martillo, German, Tavo y a los que vinieron, Danna la nieta de Miljan, Alessandro y el ser que crece en el vientre de Ingrid.*

*A Rosi, Jeimi, Vivian, Emerson, Bladimir, Mario Ruben, Luz Elena, Paty, Maritza, Milagro, Melvin, Chiflei, Cuki, Luz Maria, Jency, Vera, Lizeth, John, Juan Carlos, Denis, Nilsan, Wendy, José Maria, Luis Hernan, Nepta, Alejandra, Elba, Dora, Mi hermana Diana, Hernan, mis sobrinos Steven y Kevin y Edson.*

*La dedico también a mis amigos en el exterior que en busca de sus sueños han dejado en el sitio de la melancolía a la patria, y trabajan diariamente para darle nombre a la dignidad y a la gloria de sus destinos: A Ivan, Allan, Gerardo, Dayana, Cuco, Stephanie, Aleyda, Luis, Rey David, Karla, Karol, Elga, Andy, Tesly, Reyna, Marcos, Cristina, Blanca, Diego, Dilma, Omar, Ramon, Jessica, Elmer, Selvin, Leslie, Helena, Manolo, Gloria, Heberto, Canaan, Norlan, y tantas personas que enaltecen el nombre de un pueblito tirado en el manto sagrado de Honduras, llamado Villa de San Francisco.*



*Incluso la noche más oscura terminará con la salida del sol*  
Victor Hugo



## 1. El banquete de los dioses

*Bella indolente y garrida  
Tegucigalpa allí asoma  
como un nido de palomas  
en una rama florida*

Repetía con histrionismo el poema del cubano José Joaquín Palma, mientras se deslizaba por la campiña escurriendo con sus reflexiones, el rigor de su desesperación.

Veía el nacimiento del sol, y me montaba al tiovivo encabritado de la nostalgia. Iba a morir, lo presentía, pues, en la ciudad de colores translúcidos tenía un hoyo en mi estómago, y los ataques de miedo le ponían trancas a las ventanas de mi respiración, y miraba la muerte a cada segundo merodeando mis huellas. Quería correr y largarme, para no ser presa de esa fuerza invisible que hacía que mi cuerpo fuera presa de ataques de apoplejía, y sintiera cómo mi conciencia huía de mis huesos, y que el hálito de mi espíritu, fuese solo eso, un soplo fugaz que deja un cuerpo hueco como una caja de carne vacía, sin alma que alentase y de ojos deslucidos y desorbitados. Iba a morir pronto, lo presentía como una verdad infalible y esa era mi propia tragedia, puesto que ni siquiera había tenido el tiempo suficiente para encontrarme conmigo misma, ni auscultar en forma genuina el misterio de este venir de ningún lado, y este irse a ninguna parte. Iba a morir, eso era como un dogma, y últimamente estaba soñando con matrimonios, vestidos, velos, lazos blancos y un sacerdote vestido de miriñaques; y en los códigos de interpretación de los sueños, de bolas brillantes y de cartas con reyes de bastos y la mort del arcano XIII en el tarot, se encontraba esa explicación fatal. Iba a morir y me lo repetía a cada segundo, y sudaba sangre en los jardines de los olivos; y no me explicaba esta gran paradoja, porque mi vida en la lucidez de la vigilia solo me notificaba florecimientos, renuevos y cielos rebosantes de colores, lo cual era una paradoja porque de pronto estaba en la cima del mundo y al segundo me hundía en un tremedal de aguas pantanosas. Iba

a morir, así lo presagiaban las corazonadas que me asaltaban como arrebatos de paroxismo, y querría descifrar los hilos del azar que no me mostraban señal alguna, ni evocaban posibles puertas de explicación que llevaran luz al final del laberinto. Iba a morir...

Le comentó a Waleska Velasquez, aquella mujer blanca bañada de recios crespones, y de maneras vivaces de expresarse, y esta le replicó que si tuviera que atender con vehemencia la recia turbulencia de sus intrincados sueños de lunas de miel, ya hace tiempo disfrutarían sus huesos de la humedad del subsuelo, y del banquete de los gusanos, porque con tantas bodas que había soñado, ya habría perdido la cuenta de cuantas cruces sumaba en su vida.

La amplia casa de tres plantas lucía solitaria. Los balcones están mustios de huellas, y de amantes que cuando aparecen ejecutan las tormentosas canciones de amor que sacan a las doncellas de sus alcobas; y se apoltrona en el sillón Luis XV de color escarlata que está apostado en la amplia sala como un oasis solitario, mientras ve los cortinajes que se mueven como las olas al compás del aire que juega con sus pliegues y borlas, y que despiden un polvillo casi invisible de años que se acomodan a pesar del afán meticuloso en las faenas de la limpieza.

—Esas son majaderías, inventos de estafadores de esoterismos y brujerías —dice mientras parpadea en la infinita profusión del mundo en miniatura, viendo en detalle el minimalismo de pinturas y esculturas abandonadas en las pardas paredes—. No hagas caso a esas tonterías —prosigue— y sigue viviendo como si nada, que cuando la muerte se tome la molestia de buscarte como una fugitiva, te hallará aunque te escondas debajo de las piedras —al tiempo que lleva pausadamente la taza de café a sus labios, y sopla cada sorbo para evitar quemar su lengua..

Mientras tanto, en Tegucigalpa la gente va llegando en pequeños grupos, y cuando son notificados de que la velada empieza a las nueve de la noche, los hombres echan el grito al cielo, y protestan por la irresponsabilidad de los organizadores. En los carteles de las esquinas de la ciudad que anuncian la obra teatral: El Banquete de los Dioses se cita para una velada que se iniciaría a las nueve de la noche. Los acomodadores, los tramoyistas, los apuntadores y los boleteros van llegando, y callan cuando son insultados, aduciendo no saber el cambio de planes del director, quien es el que al final tomaba las decisiones. El cencerro de luna en cuarto menguante, se ve salpicado por las agujas diminutas que se asoman en los reflejos de las farolas de gas que rodean el teatro, y en la lejanía se divisan esos puntos luminosos que incendian la oscuridad. Las gentes secuestradas por las alas insidiosas de las ansias se sientan en las pequeñas gradas o se arrellanan en las seis columnas dóricas del frontispicio, que resguardan

como un cobertizo de la menuda lluvia que no es copiosa, pero impregna de humedad y hiela los huesos. El Parque Herrera que está enfrente del teatro luce atrapado por la espesa niebla, y las altas palmeras sobresalen como gigantes verdes que transgreden la uniformidad de los árboles que en fila, y con el rigor de las líneas y los círculos, cierran el paso al horizonte. El centro de Tegucigalpa está amortajado de brumas, pero bulle de pregones y vocerío, con unos transeúntes que se dispersan por las arterias de sus calles palpitantes. Los bares, los cafés, los hoteles, los night clubs, y los restaurantes que se destacan por las lucernas opacas que despiden sus anuncios de neón, están atestados de gentes que entran y salen, como si se tratara de un juego en donde cada quien ocupa su lugar por un período de tiempo, y es sustituido por otro cuando el plazo acordado precluye. Las gentes «bien» están llegando con desparpajo de luces y vocinas, y salen de sus coches elegantes Packard, y Chrysler abriendo puertas a sus esposas, y a sus hermosas hijas. Las mujeres lucen ataviadas de vestidos de terciopelo, peinados garçon, parasoles japoneses, rostros pintarrajeados y ojos ardientes como cometas constelados de luz; los hombres entretanto, llegan con trajes tweeds de una sola pieza, con chalecos y corbatas de raso. Ellas no van a embargar el chic aguardando en el vestíbulo, y los boleteros con ademanes de graves cortejos las pasan adelante, pues son dueñas vitalicias de los palcos del proscenio. Las gentes de afuera silban por este mundo manido de las canonjías que no parece terminar nunca, pero las familias pudientes afectan una indiferencia pasmosa, aunque en el fondo el desprecio acre les penetra dentro de sí mismas, pero habrá que guardar la cordura y las buenas maneras. Parece que todo está medido porque cuando pasa la última familia de las encopetadas, los boleteros abren las ventanillas, y el tumulto se arma y unos se pisotean, otros intercambian insultos y otros se dan de trompicones, sabiendo que los boletos escasean, y esta representa el telón de fondo de la temporada. Rafael Valle porta un casimir inglés y luce un bigote delgado, algo inusual en él. Lleva tomada de la mano a su prometida peruana Emilia Romero, y recién regresa de Portugal envuelto en un aura de honores tras recibir el Premio de la Sociedad de Geografía de Lisboa. Santos Zuniga su acompañante toma del brazo a su novia Victoria, y Félix Candela el arquitecto español quien ha venido con Rafael Valle, y quien fue capitán de ingenieros en el Ejército Popular Republicano en la batalla de Perpiñán, camina con su amiga Amanda, una trigueña hermosa que trabaja en la Biblioteca Nacional Honduras, ubicada donde hace poco funcionaba la Real Casa de Rescates. Estas tres parejas causan un cierto revuelo, pues el escritor Valle es conocido en la mayoría de círculos literarios, y de sociedad de la antañona Tegucigalpa. Un grupo de alemanes se hace presente,

y el hondureño de apellido Agurcia que los guía compra la boletería. Victoria extrovertida como es, y con aires de extravagancia, le dice a Santos Zuniga que saludará a uno de los jóvenes alemanes, quien por asuntos de negocios estuvo en su casa junto a su familia en la recién fundada Col. la Reforma. Santos Zuniga asiente, pero se le ve un poco serio como que la amargura de los celos le mueve las entrañas. Lucía la prieta viste con un atuendo de organza blanco cuyos revuelos descansan en el suelo, y tiene que sostenerlo para no mancharlo con los charcos de agua que se han formado con la lluvia, y llega tímida como es, de la mano de su amiga Sonia Varela. El general Streber también arriba, y muy elegante acusa presencia El baron de Frankenstein, con su traje de frac reciamente negro, con zapatos de charol de agujetas plateadas, y su pechera blanca opacada con medallas de honor, menciones de plata y cruces de hierro. Porta una leontina de oro y un monóculo, y estos veteranos alemanes conversan encandilados con la familia Sierke y los Uhler, y están enfrascados en una discusión sobre los primeros burgueses navegantes de la liga hanseática, que es tanto más aconsejable cortar el hilo para continuar en el futuro por cuanto de seguir con ese círculo interminable de hipótesis y recusatorias, se perderían la función y acabarían postrados en sus pasados desvaídos de glorias; de improviso arriban los masones Karl H. Lubbe y Karl Hartlín, el alemán que nos ha traído un aria sacada, a saber de qué libro apolillado de notas, compases, solfas y bemoles germanos, y nos hizo la composición musical de nuestro marcial y prusiano himno nacional. El padre de Karl Hartlín fue amigo del compositor austrohúngaro Franz Von Liszt, y fue novio de Cósima la hija de Liszt quien se terminó casando con su íntimo amigo Richard Wagner, el famoso compositor de Tristana Isolda. A sugerencia de sus amigos lo matriculó en las escuelas de música de Weimar y de Leipzig, y terminó organizando varias bandas marciales en Weimar. Muchos aristócratas de dudosa reputación se hacen presentes con sus monóculos viejos, y sus pelos engominados; y anodinos de toda laya que piensan en veladas de circos y arlequines.

El ingeniero M. Bourgeois venido de Francia a aventurar a estas américas, estuvo a cargo del diseño del edificio del Teatro Manuel Bonilla. Era pariente cercano de Leon Bourgeois, filósofo de la solidaridad, y quien fue ministro francés y senador en muchas ocasiones, y presidió la Liga de las Naciones, obteniendo el Premio Nobel de la Paz en 1920. Ello explica que el diseño interior del teatro esté basado en el de Théâtre national de l'Opéra-Comique de París. El catalán Cristóbal Prats Fonellosa, quien era pariente cercano del poeta gerundense Pedro Prats y Bosch hizo la construcción del teatro. Pero también se rumoreaba que el arquitecto catalán tenía un pariente en Valencia,

que ostentaba el título de conde de Berbedel; y forjó una amistad estrecha con los aristócratas de Guatemala, especialmente con los vascos que seguían con sus vidas de opulencia y boato, envuelta en generaciones tejidas en telas de arañas de aristocracia rancia, pero con la eugenesia secuestrada ocupándose de no mezclarse con ni una tan sola gota de sangre indígena. Para preservar lo refinado del linaje extendieron certificados de pureza, y lo que los convertía en nobles de abolengo, era que en sus azuladas venas circulara el tipo sanguíneo 0 negativo.

La pintura del teatro estuvo a cargo del pintor hondureño Carlos Zúñiga Figueroa. Del techo repujado del teatro penden cinco arañas de cristal de bohemia, y 20 lámparas de cristal de murano en la sala principal. El interior está compuesto por varios salones de platea, galería, foyer, palco, vestíbulo, guardarropa, cafetería y decoración de murales. Su diseño es claramente renacentista. En su parte frontal tiene unas columnas griegas dóricas. El teatro consta de varios medallones barrocos en los palcos, 14 faroles que rodean los pasamanos. En la boca del escenario hay un mural con motivos de la conquista de América por los europeos que disfrutaban los presentes, pero el empuje del teatro de Samuel Beckett después de los años cincuenta, y los movimientos vanguardistas hicieron que se echaran unos pincelazos de brocha gorda para desacreditar lo manido del arte figurativo, y representar bajo un fondo de capa de pintura de un solo color, la desolación prosaica del absurdo, en que los seres humanos siguen eternamente esperando a un mesías de nombre Godot.

El telón de color oscuro se abre, y la luz resplandeciente persigue con pasos de niño curioso la sombra: Selecta es la emoción artística que enjuga las almas con la expectativa del encuadre. Ardientes se muestran los rostros que desean ver reflejadas sus cotidianas vidas en la escena para encontrar respuestas, porque los mitos los crea el gran espíritu que camina erguido para arrancar migajas a las incertidumbres. Aparece el primer actor vestido de arlequín de colores cuadriculados, y se ensimisma como un gurú indú en sus intrincadas reflexiones: Un domingo de alas luminosas color ébano, de esos días que se pierden en la memoria de nuestros muertos, de fantasmas y aparecidos, y marcan horas inevitables en los punzantes recuerdos de las personas, era impensable no tocar sus herrumbrosos postigos, y esperar un respuesta que apacigue la ferviente ansiedad, y dejar un reguero de colibríes como huellas infalibles del suicidio de las ilusiones.

Hay escenas de alcobas y campos de batallas en la tramoya encendidas por las candilejas; y los platós engarzan ángeles, cupidos y sátiros pendiendo de hilos junto a hadas madrinas, capullos de nubes y pequeños calabacines.

—¿Quiénes somos?

—Somos mitad azúcar y mitad sal.

—Somos mitad espíritu y mitad apetitos.

—Somos como el mar, las olas que van y vienen son un esfuerzo incesante de trascender nuestros propios límites.

—Te acuerdas de la cámara oculta con recetas de olvido, y los obituarios vagando en las prolijidades de las celebraciones luctuosas? —dijo otro actor representando al dios morfeo y prosiguió—. Me encaminé por el campo desolado, iba aprisionado de pasado, derribado el corazón por las cosas que dejé de hacer, y me sentí un cobarde. Mientras tanto divisé un horizonte que huía como duende juguetón entre más me acercaban mis pasos. Llegué a mi casa extenuado de tantas huellas regadas, y dejé caer mis mejillas en las almohadas de terciopelo blanco, que resultaron ser pedazos de nubes en que se movían aquellos dulces sueños de nuestra infancia. Dibujé con mis dedos una luna altanera que se posó frente a mi, y comprendí que cuando no estuviera, la luna iba a seguir apareciendo con su terquedad, y otros ojos verían lo habitual, sin preguntarse si la luna existe por las miradas o era apéndice de las ontologías perdurables que nos alumbran.

—Llegaste en horas de intrascendencia —me decías—, apurado por darle calmantes a tu orfandad, y te fuiste porque también nosotros nadábamos en la soledad que no tiene cura, y en pie quedó la banalidad de vagar sin rumbo para escaparnos de nosotros mismos.

—Los seres somos retazos de gritos que van quedando sin ecos, y sin saber cómo, nos vamos poblando de silencios —reflexionó un dios druida.

—La muerte toca la puerta cuando los temas se acaban, y las anécdotas gastadas ya no dicen nada a los cómplices —musitó un dios sajón sacado de los anillos de los nubelungos.

Una pareja de mayas inicia el diálogo:

—La gente se cansa de los dioses —reflexiona él.

—¿Es normal eso? —interroga ella, confiando en la profundidad del misterio.

—Normal es en todos los grupos, pero cuando esto pasa, las ciudades se vienen abajo, porque las sogas se esfuman —devela él.

—Entonces, ¿son una impostura los dioses? —y entorna su mirada de ojos inquisitivos.

Él medita un momento antes de poder responder:

—Es necesario tener algo allá arriba para poder sobrellevar las penas de abajo.

—Entonces, ¿son una impostura los dioses? —dice arqueando gravemente sus ojos.

Piensa otro tanto para responder en forma interrogativa:

—¿Son mentiras tus pensamientos? ¿Son mentiras tus sentimientos?

—Entonces, ¿son una impostura los dioses? —interroga con la firme convicción de llegar a lo siniestro.

Reflexiona un breve espacio para decir:

—En algo se tiene que creer.

—Entonces, ¿son una impostura los dioses? —vuelve al ataque ella.

—Si no, cómo se controla a la gente sin las fiestas, y los calendarios—dice, mientras se lleva las manos a sus sienes.

—Entonces, ¿son una impostura los dioses? —dice con una sonrisa que curva sus gruesos labios, y que la hace cómplice de un interrogatorio que desemboca en la verdad requerida.

—Son mentiras como las alegrías y las felicidades. Lo único real es el dolor. Entrégate a mí en este momento, que yo soy el único ser que existe ante tus ojos —y aprovecha para llevarla al terreno de sus gemidos.

—Usted me quiere engañar para hacerme descansar en sus brazos —dice con una voz rasposa que espera la rapacidad del sátiro.

—Recuerde que lo único cierto es la fertilidad, si no, ¿dónde los ejércitos? ¿Dónde las ofrendas?

Y las prendas caen, y los cuerpos desnudos danzan de placer con respiraciones quejosas; y Ah Muzenkab, Dios de la miel, y la ambrosía da permisos para concupiscencias.

—¡Oh Chac, Dios de la lluvia, riega tu poder por mi surco, y desgrana el maíz de Ah Mun en nuestra mesa para que la acechanza del hambre desaparezca!

—¡Oh Buluc Chabtan, Dios de la guerra, ayúdame a vencer para el engrandecimiento de mi patria!

—Y a mí Itzamná, Dios del cielo y espíritu de los vientos, permite que mi pueblo venza para seguir mandando porque, ¿qué sentido tiene obedecer? Cierre del ciclo de la espera:

El turno fue para el Dios de los judíos:

—Si el hombre siguiera la Torá, buscar la tierra prometida no implicaría la inversión de ni una sola gota de sangre humana.

—Sigue durmiendo la siesta dios perezoso —musitó un arlequín que brincaba y se burlaba—, y todos reían.

—Yo les di el libre albedrío desde la Edad Media.

—La libertad no me sirve ni para elegir el lugar en que moriré de hambre —dijo el arlequín—, y se reunieron otros para unirse en fuertes risotadas.

—Bucólico en el sermón del monte, y sátiro en las quebradas —se reprochó al Dios cristiano.

—¿Cuántos granos de mostaza se precisan para mover la Cordillera de los Andes? —interrumpe un liliputiense.

—La humanidad va mejorando amigos. Calígula nombró a un caballo de ministro.

—Ahora se construyen caballerizas para los consejos de ministros —interrumpió otro pigmeo del alma.

—Sabes que en Honduras no hay presos políticos —dice ufano un cíclope.

—Bueno, la democracia tiene que andar —se ve reflexivo Apolo hijo de Zeus quien se ufana que en su país se inició el régimen con Clístenes de Atenas.

—A todos los sacamos —dice un hombre vestido de soldado.

—¿De la cárcel? —pregunta Apolo hijo de Zeus, mientras acompaña el diálogo con un arpa.

—No, del país —dice un hombre vestido como el general Carías.

Y en las lunetas o en el foyer de los artistas, divisabas con sutil monóculo el proscenio, para sollozar por puñeteros melodramas; y anotabas en un libro para un desteñido cielo; y los hilos de la fatalidad burlaron las cartas rotas por turbios despechos del corazón, y las lucernas despedían flashes irisdicentes en réplicas de arañas de bohemia que disparaban chorritos opacos de luz. Los músicos tocaban en sus atriles los ritmos de suspenso, y crecía el alboroto, el furor y el clamor de los asistentes, por los ángeles encuerados que enardecían el canto coral con vestidos que dejaban ver sus formas, y más de alguna olvidó sus sostenes, y se veían pezones brotados e hinchados por la excitación del momento. Santos Zuniga estaba con el rostro ajado porque Victoria no quitaba la vista del alemán, y Lucía la Prieta quien andaba con Sonia Varela, veía de forma persistente a Santos Zuniga.

—No echas de ver como te mira la boba —le dijo Felix Candela, mientras la señalaba de reojo.

—¿Qué boba? —preguntó desinteresado Santos Zuniga.

—Esa que viste holanes pasado de moda, y que lo arrastra —dijo Felix Candela.

—Ah, a ella te referís —y señaló sin comedimiento a Lucía la Prieta—. No te preocupes, todos andamos buscando a quien levantamos —dijo con una fingida alegría mientras medía los ademanes de su acompañante Victoria quien no despegaba la mirada del alemán, lo que enardecía los celos de Santos Zuniga, y apretaba los dientes, y los puños a punto de estallar.

—Ay mira qué lindo te saludó —dijo Sonia Varela, y reía mientras que Lucía la prieta denunció seriedad, y se prometió no delatarse de forma tan evidente.

Rafael Valle miraba absorto la pieza, y su prometida lo veía a él para saber si habría forma de llamar su atención. Felix Candela conversaba con Amanda Villeda pero no se perdía de reojo los cambios abruptos de esa orgía de teología coral, dispensada por las culturas colocadas en el mismo plató, y el director reía de satisfacción porque los periodistas, entre los que se encontraba el poeta Pompeyo del Valle, que llevarían la crónica al día siguiente, le hacían guiños de asentimiento.

El millar de personas que auscultaban el drama aplaudían súbitamente, y los actores hacían reverencias, y otro capítulo arrastraba a un par de gnomos que hacían reír a medio mundo con sus trajes de jubones de colores chillones, y sus ademanes de desenfado. Caperucita se come al lobo por asuntos de hambre. Y aparecía un lobo medroso sin dientes, y corriendo para salvar su pellejo de una caperucita mórbida con capirote, que no despertaba el sutil erotismo de los cuentos de hadas, y el lobo caía atrapado bajo las garras y las dentelladas. Todos reían de esa inversión de papeles que reivindicaban el deseo de un público, que siempre se iba con el pesar de las historias impuestas por el libretista.

En esa babel del vodevil interactuaban dioses griegos como Zeus y Casandra, y el dios escandinavo Thor, el dios judío, dioses mayas y aztecas, merlines, mandrakes y sandocanes, y las hadas y lestrigones, los gigantes de zancos, y liliputienses que se mezclaban para encontrar en sus universos infinitos, el sendero común que desembocaba en sus reiteradas tragedias.

Merlín con la truculencia de su magia cautiva el corazón de la bella Mesalina, y Ana Botella es seducida por Madrake el burgués inglés. Thor convoca a los rayos con sus martillos por la avidez de estos casanovas, y Chac el dios maya desencadena la lluvia de los granos de maíz, y todos giran en torno a un tiovivo.

El monólogo siguió su rumbo con el hombre de zancos que hacía ademanes de pesar:

—Querías burlarte del tiempo, pero fue inútil. La mujer se escapó de la pintura y un desierto espiritual se me clavó. Unos nichos mortuorios se amontonaron, y aquí ya no hubo espacios para la muerte. Dejábamos en paz los números que atormentaron deudas la vida de estos mártires. Y la marea del mar iba y venía en la tramoya, y los límites desbordaron en tiempos de tormentas tropicales. La naturaleza reclamaría sus tierras usurpadas. Ni uno solo de tus cabellos se repetiría, y las sirenas jamás serían descubiertas por marinos atrasados con fiebres de vigilia.

Después terminó sandocán:

—Apesta esto. Apesta. Su pestilencia es inenarrable. Resucitarás, y a quien comprenderás con tu cultura diletante. Cada generación es una versión de la derrota del mundo, y eso que ustedes llaman humanidad, es la suma de los equívocos recitados por tantos nombres, y apariencias.

El baron de Frankenstein reía cuando vio a su lado cómo el general Streber estaba sumido en una roncadura. El cuerpo subía y bajaba como un tic tac del tiempo, al compás de sus resuellos estancados que despedían hilos de baba.

—Este nos va a contar cómo estuvo la función onírica —dijo carcajeándose Franz Sierke.

—Es el problema de invitar a morfeo a un monólogo —dijo Karl Hartlín.

Y las señoras que estaban próximas señalaban al dormilón, y sonreían con falta de benignidad por sus atropellados ronquidos. Cuchicheaban en coro en torno a la abrupta escena.

Rafael Valle después de estar absorto en la obra echó una mirada al palco, y una hermosa mujer que estaba a la par de su marido, le guiñó el ojo en varias ocasiones, y le hacía señas como de ir a los baños. Rafael Valle previo reverencias, pide permiso a su prometida, y se dirige a los baños de varones. Se queda esperando como cinco minutos, y cuando se dispone a salir, una sombra se acerca y con sus manos le cierra los ojos y siente al momento unas suaves y delicadas palmas de mujer.

—¿Quién eres? —dice Rafael Valle.

—Soy Sara Lorena de Flores.

—No te conozco.

—Basta que yo te conozca.

—¿Y tu hombre?

—Está viendo la obra como un ángel adormilado.

—¿Qué quieres? —dice un Rafael Valle tímido, mientras unos bidés portátiles caen por los suelos.

—Quiero que me hagas tuya...

Rafael Valle llega arreglándose la camisa y pasándose un pañuelo por un rostro sonrojado. La mujer del palco le vuelve a guiñar el ojo con una sonrisa intrigante. Su prometida sabiendo que su macho era un ave vulnerable a las seducciones, marca el territorio y lo toma de las manos y orienta sus miradas recíprocas.

—Oíme, Rafael —y lo besa con desenfado—, ¿porqué tardaste tanto? —y mira a la mujer que estaba absorta en su pareja.

—Ah... tenía un ligero dolor de cabeza —dice mientras se toma las sienes, y trata de sacar de su traje una pastilla.

—Yo te cuidaré, amor —y lo abraza para decirle a aquella que miraba embobada y que no quita los ojos de él, que este macho ya tiene dueño.

Lucía la Prieta se siente la última de todas las mujeres porque cómo es posible que tomara iniciativas. Eso en los asuntos del amor es entrar en un terreno pantanoso, donde las de perder las lleva el ofrecido, y se recrimina a sí misma. El general Streber tiene el rostro tumefacto y recurren al agua fría para desperarlo. Santos Zuniga por su parte se atraganta de celos que no querrá mostrar para no verse vulnerable, y está a un paso de perder sus maneras, cuando Victoria en otra ocasión pidió permiso para despedirse del alemán que respondía las deferencias de su amiga apretándole el talle más de lo necesario. Felix Candela se fue de la mano con Amanda hacia la pensión del Castillo Belucci, y se despide con un beso. La velada está entretenida, y se va huyendo con pasos de prisa. El público aplaude el último acto y los hombres con *tweed* y sombreros cortos, y las mujeres con vestidos de terciopelos, con tocados y abanicándose del calor que atrajo la menuda lluvia, salen en desbandadas con gran desperpajo de pasos. Todos van atropellándose, y unos esperan para ver si salen las artistas. Pero se ve que los hombres quedan prendados por los ángeles que es hoy por hoy, la sorpresa de la noche, de una velada que de la teología pasa a la nota de la voluptuosidad de rientes mujeres que dejan alelados a los esposos, que las esposas acompañantes orientan la mirada para otros lares para no sufrir la vergüenza de ser comparsas de otras carnes que encandilan nuevos deseos. Otros se quedan al frente del teatro compartiendo la impresión de la obra teatral. Unos se asían de los travesaños, y se intercambian imprecaciones por los empujones, y por la barahúnda desordenada de personas que se dirigen a las calles del centro de la capital. La mayoría de personas orientan sus pasos hacia el Rincón de Italia que cierra a las doce de la noche. Los humos de los cigarros hacen círculos concéntricos, y se difuminan en esporas de nicótica y alquitrán, que otros cuerpos resentirán con los años como diagnósticos inverosímiles, y la conversación discurre en torno al cuerpo escultural de las mujeres, y sus desenfadadas formas. Pompeyo del Valle se sienta en derredor de sus colegas, y pide unos cafés para los compañeros.

—La función estuvo de lo mejor, y no me explico la laxitud del director conociéndolo como lo conozco, pero por venganza, por agresividad artística o por lo que fuere el público se lo pasó de lo mejor, a excepción del arzobispo que se tomaba el solideo de seda roja como kipá judío, y movía la cabeza en forma negativa como una reconvencción extemporánea.

—Este va a ser el último acto de la compañía teatral, pues les han cerrado las puertas. Cuando tenemos el agua al cuello hasta somos capaces de decir una

verdad que compartimos en silencio todos, pero nos han educado para creer que del silencio depende la estabilidad de las familias, y la falta de represalias de manos invisibles que salían de ningún lugar, y te llevaban a lugares donde ni los mapas te salvaban —dice el periodista Enamorado, mientras mira de reojo las mujeres que van llegando.

—No deliren muchachos, no todos los mensajes son portadores de verdades —concluye Pompeyo del Valle, al tiempo en que se sonroja, por haber hecho añicos las tazas de porcelana regando el café, como quien riega una mancha de inmoralidad en las immaculadas pecheras almidonadas de sus acompañantes.

## 2. El general Morazán cabalga

Un sábado de principios de diciembre, el general José Francisco Morazán Quesada se encaminó junto a un contingente de hombres hacia la casa de la vieja María Clara. El sol de mediodía le fue leve con sus rayos perpendiculares, que pasaron ligeramente por encima de sus cabezas. Una tenue llovizna asomó en el horizonte, mientras el cielo tendía a cerrarse, y la caravana de cazadores se animó aún más con los gritos de la soldadesca que encontraban en el más mínimo pretexto, la ocasión para desbordar su entusiasmo con la cercanía al prócer aventurero. Aprovecharía para ver a sus padres en su hacienda «Los Tamarindos» en Morocelí.

José Francisco era un hombre con una recia personalidad. Por su discreta apariencia física y sus raudos movimientos lindaba los cuarenta años de edad. Era de rostro adusto y delgado, y tenía un bigote negro y barba de una semana. Estaba ataviado con un saco de alamares de cinta para abotonar, de galones dorados para adornar los puños, de charreteras plateadas y espada al cinto. Como hacía un día fresco no llevaba su acostumbrado sombrero, y en su rostro de ojos perspicaces no se veía ningún asomo de queja o amargura sino una paz ganada, como cuando uno conoce al fin, por qué razón vino a este bendito mundo. El poeta chileno Pablo Neruda, 108 años después cuando lo exaltó en su poemario *Canto General* con ilustraciones de los pintores mexicanos Diego Rivera y David Siqueiros, lo describió como un eterno guardián del ideal republicano recién exportado en toda América por los aires libertarios franceses: «Alta es la noche y Morazán vigila. ¿Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes. Cinta central américa angostura...nacida en el combate de la espuma...». La lluvia arreció de improviso, y un abigarrado conjunto de parasoles japoneses se congregaron en torno a la caravana, y marcharon al paso de sus caballos que dispersaron los charcos de agua que se acumulaban en los caminos como relumbrantes espejos de sol.

La naturaleza era una algazara de los estertores de la primavera, y los pájaros, se apostaron en los árboles de los caminos, para ver el espectáculo de

la comitiva que dejaba en el eco de los pasos, un ritmo diferente a los que habitualmente se suscitaban en esos parajes aún vírgenes de la huella humana, considerando que por asuntos de estrategias, prefirieron abrir caminos fuera de las rutas ya trazadas, para evitar celadas y conspiraciones que asomaban de donde menos se esperaba.

Morazán contempló en lontananza la hacienda, y se pasó su recia mano izquierda por su frente para sacudirse las perlas de espelma de velas catalanas del sudor, después de señalar los animales que huían a sus pasos, conscientes que la usurpación de sus feudos, era asuntos de cuidarse de aplastamientos o de los que por asuntos atribuibles a los deportes de sus infalibles punterías eran aficionados a la caza. Una pequeña cierva se encontró con la comitiva de cazadores, y esta se paró en seco ante la expectativa de alguna clase de reacción de este pequeño animalito, pero la cierva se acercó a ellos como quien busca calor, y todos se enternecieron con la franca inocencia de la naturaleza.

Cuando llegó, María Clara estaba sentada en una cómoda poltrona con reclinatorio. Llevaba una mantilla de Chantilly color borgoña, sobre un vestido azul de seda chafeada con encajes en las mangas. La casa recibía la llegada púrpura del ocaso crepuscular. Por los surcos de sus arrugas en el rostro, se habían abismado los días aciagos que navegaron por las aguas resignadas de sus 80 años de edad.

—Buenas tardes, doña María —y el general hizo una reverencia en señal de respeto.

—Buenas tardes, general Morazán —dijo María Clara con la satisfacción que da conocer la persona que antes solo reconocía por leyendas.

El general Morazán le presentó a Nicolás Raoul, un militar francés que fue graduado en la Escuela de Metz, ascendido a capitán de la guardia imperial de Napoleón, quien recibió la Legión de Honor francesa. En su momento fue herido en la batalla de Waterloo, y acompañó en su exilio a Napoleón en la Isla de Elba, y después de ser expulsado del ejército francés, y llegar tarde al ejército de Bolívar por el triunfo de la guerra de Ayacucho, arribó a Guatemala y tras tantas peripecias se unió al Ejército Protector de la Ley que comandaba Francisco Morazán, y lideró la campaña de Soconusco. Era amigo personal de José Bonaparte quien se instaló en Filadelfia, Estados Unidos, y desde allí lideró la fundación de las logias secretas en Centroamérica, en las que Morazán resultó ser de la lista de los nuevos masones en este continente recién inaugurado.

—*Merci, madame* —dijo Nicolás Raoul, y le tomó la mano agujereada por motitas color café claro. La besó ceremonialmente, y le mostró sus respetos.

—¿No creéis que sea un buen día? —dijo el general Morazán para encauzar la escena por el sendero de las deferencias.

—Lo será para vos, general Morazán —dijo una desenfadada anciana.

—Vuestro nieto llegará dentro de poco —dijo el general Morazán con el obsequioso respeto que se dispensa a las personas mayores.

—Será un fantasma el que veré. Todos vuestros soldados son muertos andantes —expresó con la fatalidad que desbordaba sentimientos.

Morazán sonrió involuntariamente, pero comprendió los graves motivos del dolor:

—Algo se tendrá que hacer, señora —dijo mientras se tocaba la barba reciente.

—Ay hijo, las pasiones acaban como empiezan. Te lo dice una vieja que está próxima a largarse al otro mundo, al del olvido, donde uno se pierde para siempre —mientras miraba al horizonte, esperando respuestas que jamás hallaría.

—Lo sé vuestra Merced, pero sin las pasiones no avanzaría ni un ápice este otro mundo que quedará cuando antes que vos me marche a lo ignoto. No alcanzo a comprender el estado de su alma, y faltaría a la verdad si dramatizo dolores que son ajenos a quien los padece. Mi único deber ante el immaculado altar de la patria es expresarle que en nombre de las Provincias Unidas de Centroamérica, y en mi condición de presidente por voluntad soberana, es mi deseo dispensar las muestras de nuestra colosal gratitud, y levantar banderas de esperanza para que la unión sea el deseo, el ímpetu, el afán y el horizonte común que sigan nuestras sendas de gloria ciudadana, y de paso abrazados al pendón supremo del deber, alejados de las salpicaduras de la mácula del deshonor, y con la frente muy en alto por el prístino amor patrio que nos desborda, extenderle este certificado con fervores laudatorios de reconocimiento porque, ¿con qué precio que no sea irrisorio, con qué valor que no sea insignificante pagaremos el gran sacrificio con que han ofrendado la vida vuestros hijos, los verdaderos hombres que nacieron para inmortalizar la historia de la federación ante la ignominia de quienes nos quieren liliputienses para seguir vituperando la justicia, y atropellando de iniquidad a la posteridad?

Los soldados ceremoniosos hicieron un círculo con pasos marciales, y alzaron sus fusiles alrededor de la ceiba centenaria, y le entregaron la bandera de las Provincias Unidas de Centroamérica a María. Ella respondió al protocolo con la solemnidad que contagia el momento, y tomó el certificado garrapateado de letras góticas color oropel, y la bandera, y ordenó ambos en una gran valija de madera de caoba con relieves tallados de paisajes de bosques y calzaduras de hierro.

Un aire sopló del norte, y le dio la respiración que deseaba.

—Gracias, y disculpe general lo que diré, pero nada en este mundo resucitará ni a mis hijos ni a mis nietos —.Y dos gruesas lágrimas surcaron sus agrietadas mejillas, y lloró a torrentes. Daba lástima ver su llanto. Parecía como que se iba a desmadejar en pedacitos, con esa montaña de arrugas disparando tragedias.

Le trajeron un vaso con agua, y le pasaron un pañuelo de seda blanco, y ya un poco más calmada, con sus mejillas rojas del rubor, agregó mientras miraba al piso de baldosas:

—Disculpe general Morazán mi entrometimiento, pero la república os ha nacido torcida. Aunque no lo querráis aceptar, sois un pobre Quijote, y por eso os respeto mucho y os guardo igual cariño, porque estáis luchando solo en todos los campos de batalla, mientras la constitución política redactada por gentes más lanas que las ovejas de Australia, le clavan una puñalada a los sueños de libertades y seguridades. No es ninguna clase de alarde, y sería absurdo que lo fuere, porque el imperialismo francés domina en España, pero la Constitución de Cadiz, es preferible a este mal parto republicano.

—Sí señora, lo sé, por ello mi gran pasión es propagar la educación con los aires renovadores de la civilización, y alcanzar esa igualdad que esta Constitución nos niega en el papel.

—Además, yo que soy castellana, pero por mi primer marido y por mis vastagos he aprendido a amar a estas gentes. Ese pacto social de la constitución considera a los indios como ciudadanos de quinta categoría y decidme, ¿cuándo van a encontrarse con esta ciudadanía única? A punta de leyes no vais a uniformar a la humanidad.

—Me allano con inmerecida humildad a vuestras verdades elocuentes, pero los males de la desigualdad y la injusticia solamente pueden ser borrados de la faz de la tierra con la expansión de la educación, y la expropiación de Cofradías y tierras del clero, de una iglesia materialista que prefiere el suelo al cielo. La barbarie cunde en la atmósfera de América, es necesario transitar por el cadalso de la civilización. Sinceramente, pretendo congraciarme con vuestra generosidad, no es fácil renunciar a la verdad en la que uno crece. Vuestra Merced es una persona bien avisada, y admiro cómo adjura de su formación hispánica. Empero, la gran encrucijada con la que nos confrontamos, es que en nuestros países la independencia se decidió por decreto por los mismos oligarcas criollos, que ya sentían que el poder se les iba de sus propias manos, y no por las luchas revolucionarias. Desafortunadamente los guerreros no hacemos las leyes, y tenemos que batirnos a espada, y a bayonetas contra esos códigos y estos

libros tenebrosos. Nuestra imperiosa obligación es enfrentarnos a esas lacras de la aristocracia criolla, jalonada de pretensiones de realeza que dominan en todo. Hay tantas taras de la Colonia, y aún la federación reproduce la antigua Capitanía General de Guatemala. Pero decidme: si Honduras o Nicaragua o el Salvador o Guatemala no pesan como repúblicas aisladas, ¿no será acaso la unidad la única alternativa? Nuestras luchas son encarrilar en la práctica unas leyes, y unas instituciones que traicionan en el campo de los verdaderos hechos nuestros sueños, porque nadie quiere renunciar a sus privilegios de la colonia, solo vea la lucha que enfrentamos contra el obispo Ramón Cassaus y Torres, y el marqués de Aycinena en Guatemala. Sus hijos es cierto han muerto en las refriegas patrióticas, pero en este escabroso mundo donde la muerte merodea nuestros pasos, de cualquier cosa intrascendente se muere, y morir por algo justo. ¿No cree que vale la pena? Mire que me han contado como seis de vuestros hijos murieron absurdamente de la peste del cólera morbo.

Sollozó largamente, y el general ceremonioso la tomó suavemente de sus escamadas manos:

—Es cierto hijo —irrumpió ella— los viejos ya no podemos con vosotros los soñadores.

El banquete se preparó en el refectorio con una cena ovípara que se sirvió en fanales de plata y vasos de peltre, y bajo el resplandor de siete candelabros de bronce que apagaron la noche con pabilos en torno a la amplia mesa. Comieron huevos y carne de codornizas en salsa dulce y tártara. Grumos de venado macerados con tomate y albahaca, y arroz con trocitos de carne de tepezcuinte en laurel y liquidámbar. Bebieron esencias de azahares y naranjales. Había moscatel y una *confiture* de durazno y ciruelas en miel de gimerito. Después en la sobremesa, y sorteando preguntas, luego de escuchar algunas crónicas del nieto de María Clara, y de rondar con su mirada la balaustrada que rondaba la vieja casona, el general Morazán interrumpió:

—Doña María quiero obsequiarle esto —eran unos paños de Roam.

Mientras que el tiempo dispuso la llegada del silencio, el general Morazán interrumpió:

—¿Donde pueden abrevar los caballos, Doña María?

María Clara reaccionó al instante:

—Vayan adonde vosotros elijáis menos al pocito del señor de las aguas. Sé general que estáis en litigio con la Iglesia, y que ganáis la partida por mucho, pero al menos respetanos ese lugar sagrado.

El general y sus soldados desataron el bozal de los horcones, y acto seguido dijo:

—Así lo haremos, señora.

Morazán se quedó perplejo porque en un nicho de barro, en el muladar de la casa, doña María Clara guardaba 10 colibríes disecados en ringlera pendiendo de unos hilos. Pareciera que las diminutas aves se hubieran quedado dormidas de muerte, en pleno aleteo de sus gláciles vuelos. Y preguntó a María Clara «¿qué significaba todo aquello?».

—Las ánimas de los muertitos.

Al parecer la vieja María Clara tuvo razón en todo lo que presagió. El general Nicolas Raoul regresó al ejército francés después de haber pasado por Roma, donde tuvo un idilio amoroso que le causó problemas, fracasar con una vinatería en Estados Unidos, llegar tarde a Bolívar y a la conspiración de los anquilosados peninsulares contra Morazán, y al morir en Francia fue enterrado en el cementerio Montparnasse en París.

Morazán el pobre héroe republicano había sido fusilado en Costa Rica, por los oligarcas de San José que no soportaron a este loco aventurero que pretendía hacer de los países recién nacidos de la colonización española, un paraíso de gentes de clases medias. Los restos del general fueron despositados en San Salvador, y hasta en Honduras serían odiados sus ideales, pues el mismo Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Marquez, 130 años después de su muerte expresó con motivo del recibimiento de este en Suecia, aludiendo al cinismo provinciano de los que mandaban en estas repúblicas bananeras, que la estatua de Morazán erigida en el Parque Central de Tegucigalpa, que le daba majestuosidad a las esculturas de las cuatro estaciones del año, enviada a fundir a Francia en mármol de Carrara, era una estatua comprada a última hora por unos pendencieros funcionarios hondureños en un mercado de pulgas francés, y pertenecía al general Michel Ney, antiguo colaborador de Napoleón Bonaparte en las batallas de Austerlitz y Waterloo. Seguramente el escritor se había persuadido de las mañas de los funcionarios hondureños, que en las postrimerías del siglo XIX habían endeudado al país con unos prestamos de 3 millones y medio de libras esterlinas en las casas de créditos Bischoffsheim y Goldschmidt en Londres, y de 19 millones de francos de las casas Dreyfus, Scheyer y Company en París, de los que solo llegaron al país 100 mil libras esterlinas y 4 millones de francos respectivamente. Los tribunales franceses condenarían de oficio a las casas Dreyfus, Scheyer y Company por manejo indebido de empréstitos. Los prestamos para la construcción de los rieles de ferrocarril más caros del mundo repujados de oro, esmeraldas y diamantes que ocupaban un tramo irrisorio en la costa norte de Honduras, terminaron de pagarse por parte del Estado de Honduras después de un suplicio de 84 años por subrogación

de deuda al gobierno de los Estados Unidos con el National City Bank, quien también logró en las negociaciones de la deuda la concesión de las tierras hondureñas de la costa norte para la producción de banano, los valles de Zamorano y Comayagua.

